

guidamente, en el Capítulo II, “Historia de una pelea cubana por un poema”, Cruz-Taura examina la obra en función de la historia política de Cuba, y luego pasa a evaluar las opiniones de historiadores sobre las 147 octavas reales de *Espejo de paciencia*, las cuales “han servido de estandarte a algunos intelectuales cubanos a través de la crisis colonial –y luego, de la republicana– con exigentes planteamientos de nación e identidad.”

La autora analiza la verdadera motivación de Balboa para escribir una epopeya que “revela indirectamente las tensiones internacionales del momento...” El “vecino-escribano-poeta” tenía aspiraciones de superación, y para lograrlas creía que las autoridades a las que había solicitado la plaza de escribano en propiedad, o bien la de secretario del Santo Oficio, tendrían en cuenta su descripción de una hazaña en defensa de España. De paso, al resaltar las virtudes del obispo secuestrado le echaba una mano a fray Juan, quien en 1608 estaba siendo cuestionado por diferencias y conflictos de autoridad con el gobernador y con el propio Santo Oficio.

La edición crítica de *Espejo de paciencia*, que figura en la segunda parte de este libro, ofrece comentarios de las referencias a literaturas clásicas y renacentistas y más de 250 notas aclaratorias que abarcan desde la teología hasta la vestimenta popular. Junto con el estudio de la sociedad cubana a comienzos del siglo XVII y la selección documental que cierra el trabajo, el muy valioso aporte de Graciella Cruz-Taura es obra de consulta imprescindible para entender la historia de esta isla caribeña.

GUILLERMO A. BELT
ANLE y RANLE

Chang-Rodríguez, Raquel. *Cartografía garcilasista*. Prólogo de Carmen Ruiz Barrionuevo. Alicante, Universidad, 2013, 284 páginas. (ISBN 978-84-9717-250-9).

Para los hispanistas, el nombre y la obra de Garcilaso de la Vega, el Inca (1539-1616) son inseparables del nombre y la obra de Raquel Chang-Rodríguez (RCR), quien cuenta en su haber con libros, ensayos y reseñas cardinales sobre el Inca y su época. Algunas de las investigaciones previas de RCR se hallan sabiamente enhebradas en

Cartografía garcilasista; y es que su autora, con motivo del cuarto centenario de la publicación de *La Florida del Inca*, nos presenta ahora una sabia relectura de la obra del Inca. El resultado, pedagógico y erudito a la par, es una “carta de navegación” de igual beneficio para neófitos y para curtidos investigadores, como Carmen Ruiz Barriónuevo, quien prologa la obra.

RCR retrotrae de forma innovadora datos e interpretaciones sobre la vida y obra del Inca y los inserta dentro de la historia cuzqueña —desde la fundación de la dinastía incaica (1200-1438) hasta la póstuma aparición de la segunda parte de *Comentarios reales* o *Historia general del Perú* (1617)—. En los tres capítulos centrales del libro, la autora ofrece una lectura original de *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas* (1596); *La Florida del Inca* (1605) y *Comentarios reales* (1609-1617). Cierran el volumen: una bibliografía de consulta indispensable, un apéndice referido a las ilustraciones del libro y un índice onomástico.

La *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, obra a veces desatendida, ocupa un lugar destacado para RCR, quien a través de este personaje aporta datos indispensables para los estudios transatlánticos y medievales; para el código de la caballería; para el estudio de la dinastía incaica y del reinado de Fernando III; para la filiación literaria del Inca Garcilaso y su heráldica familiar. RCR explica la enigmática maroma, situada en lugar prominente en el escudo de armas del Inca, como elemento que sirve “tanto para ajustar el vestido como recordar la pena del ancestro [...] igualmente remite a la caballería porque en estas divisas los soldados traían pintadas sus hazañas y empresas” (76-77); y, efectivamente, tanto la pena como el vestido del penitente se mencionan también en la *Estoria de España* alfonsí, donde consta que Fernando III, momentos antes de morir, se ciñe una maroma al cuerpo como penitencia y Alfonso X interpreta este acto como un indicio más de su santidad. Y es que como bien dice RCR, “[Garcilaso había] tenido acceso a documentos relacionados con la vida de [Fernando III] [y] Se sabe que el Inca consultó en copia manuscrita la *Crónica* de Alfonso el Sabio” (n. 16, 63). La sogá o maroma es, además, el elemento central de dos escudos que pudieron ser importantes para el Inca y con los cuales debió estar familiarizado, me refiero al escudo de la ciudad de Sevilla y al de su provincia.

En este libro de RCR descubrimos a un Garcilaso que es un lector moderno, bilingüe y bicultural, y cuyo padre, el capitán Garci-

laso, “secunda a Fernando III en la Reconquista de Sevilla [...] en su persona se funden la nobleza de los Vargas y el linaje de los soberanos de un vasto conglomerado cuya subyugación convirtió a España en potencia internacional” (67). Como es de esperar, la faceta indigenista del Inca es fundamental en *Cartografía garcilasista* pues él se presenta sí mismo como “Yndio Antártico” y, a la vez, como descendiente directo de Garci Pérez de Vargas. Esta dualidad es extraordinariamente explorada por RCR, quien con una generosa aportación de pruebas, afirma que la Guerra entre Huáscar y Atahualpa encuentra su perfecto parangón en la guerra fratricida entre Pedro I de Castilla y don Enrique de Trastámara; la autora nos presenta a un escritor que pertenece a dos mundos a través de binomios que giran en torno a virtud y nobleza; protesta y preferencia; o genealogía y autobiografía, y “cuyo temprano roce permite distinguir y apreciar el filón ético y estilístico que marcará los escritos del Inca Garcilaso” (80).

Asimismo, en la obra de RCR se enfatiza la sensibilidad literaria del Inca Garcilaso, traductor de los *Dialoghi d'amore* de León Hebreo y defensor del clasicismo hispano en el debate poético de los “antiguos frente a los modernos” cuando se trataba de dirimir sobre el valor de la poética de Cristóbal de Castillejo, Juan de Pineda, Garci Sánchez de Badajoz o su propio tío abuelo, Garcilaso de la Vega, el toledano, de quien curiosamente “en el inventario de su biblioteca no se registró copia alguna [pero] sí se consignaron varias copias de los sonetos y canciones de Petrarca” (87). RCR destaca la genuina vocación literaria de Garcilaso el Inca, a quien “Más allá de lo sacro o lo profano, le interesa [...] la recreación y la innovación, implícita en las glosas y los versos *contrafacta* [...] [e] igualmente manifiesta su interés en las múltiples posibilidades del trabajo verbal implícito en toda creación, ya poética, ya narrativa” (99).

Para RCR *La Florida del Inca* amén de ser “la primera crónica de Indias escrita por un autor nacido en América” (103), descuella por su eminente modernidad, en ella se discuten “cuestiones que atañen al colonizaje, el uso y abuso de autoridad, la importancia de conocer las lenguas y culturas amerindias [...] la valía del mestizo tanto como a del indígena Americano y la capacidad de ambos para contribuir a la nueva sociedad” (103). En esta bien documentada carta de navegación, RCR pone a disposición del hispanista las lecturas, conocimiento de mitos e historia que poseía el Inca Garcilaso sobre los exploradores de la Florida, situando a Ponce de León y Hernando de

Soto a la cabeza. En la obra del Inca, dice RCR, la realidad se impone a la quimera (110).

RCR señala asimismo la continuidad hispanomedieval que permea en la obra del Inca –cuyo proemio a *La Florida* tiene “el carácter caballeresco de la crónica tanto como la perspectiva plural asumida por el narrador” (118)– y el importante lugar de la mujer en esta obra; en particular, la princesa de Cofachiqui en cuya persona se presenta el tópico de la virtud como consecuencia de las obras y no como herencia de la sangre. En su lectura de *La Florida del Inca*, RCR ofrece un minucioso análisis del lenguaje, y llama la atención sobre el pasaje en el que se describe a los pacíficos indios taínos, quienes vivían en plena armonía con la naturaleza y “preferían ahorcarse antes que trabajar en la extracción del oro” (138). Garcilaso los describe como gente “simple, viciosa y holgazana”; lo cual, afirma RCR, parece enigmático ya que lo que se desea destacar es la bondad natural de los taínos; y es que en la mejor tradición lingüística medieval Garcilaso usa el término “vicio” con el significado de “solaz” o “placentero”, y así lo usó, por ejemplo, Gonzalo de Berceo en el prólogo a los *Milagros de Nuestra Señora*. “Nunca trobé en sieglo logar tan deleitoso / Nin sombra tan temprada [nin] olor tan sabroso / Descargué mi ropiella por yazer más viçioso / Poséme a la sombra de un árbol fermoso” (vv6a-6d) Introducción a los *Milagros de Nuestra Señora*.

En definitiva, RCR demuestra incontrovertiblemente que “*La Florida del Inca* se erige en texto magistral, raíz y atalaya desde donde escuchamos el palpito de un pasado siempre presente, y avizoramos el futuro de nuestra América cuya entretejida historia, entonces y hoy, se forja en el Atlántico y el Pacífico, en el norte y el sur” (168).

Refiriéndose a la obra más estudiada del Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, RCR observa que esta es una obra donde el Inca realiza una compleja meditación en la que se entretajan “insólitas y curiosas observaciones [...] que marcan tanto su concepto de la historia como la percepción de América y sus habitantes” (173). Siguiendo a Kenneth Burke, RCR analiza la narración del Inca de un modo que trasciende los sucesos contados y nos lleva a entender el cómo y el porqué de los mismos. Barbarie y civilización; metáforas, sinécdoques, analogías y comparaciones entre la naturaleza y el comportamiento humano son centrales en la argumentación de RCR para

explicar la escritura garcilasista sobre los indígenas y su relación con los conquistadores. Observa RCR que Garcilaso quedó hechizado por la ciudad de Sevilla y compara la ruta física del Inca Garcilaso “con el trayecto ideológico que conforma su derrotero intelectual” (195). En todo el texto de *Comentarios reales* la mujer ocupa un lugar prominente: como vírgenes del Sol entre cuyas actividades resalta su labor tejedora y la obediencia a los súbditos del Inca (202); RCR guía al lector sobre la calidad, cualidad y función del ropaje incaico y de su diseño, proporciona abundantes ilustraciones de la crónica de Felipe Guaman Poma de Ayala y de otros manuscritos hoy custodiados en varios museos. Solo la exquisita lectura de RCR nos permite esclarecer que a través del análisis del tejido el Inca Garcilaso emite, desde el ámbito del espacio y quehacer femeninos, un doble mensaje: de reafirmación (en cuanto al Incario) y de censura (en cuanto al virreinato) (217).

En el capítulo final de *Cartografía garcilasista*, titulado “En el nombre e la madre”, RCR reflexiona sobre “los silencios de la historia” y pone en primer plano que, para Garcilaso, estos son equivalentes a la derrota de su clan y, a nivel textual, “reivindica y actualiza los valores de este grupo perfilando cómo tal destrucción contribuyó a la tragedia personal, familiar e imperial” (222). La madre, en palabras de RCR, representa el pasado glorioso y la “llaga familiar, la traición de Atahualpa, el asesinato de Huáscar, el fin de su clan y los eventos propiciadores de la entrada española en Cuzco” (230). La autora demuestra sobradamente que “la fugaz presencia de la madre en *Comentarios reales* es mucho más importante de lo hasta ahora observado por la crítica” (237) y es, en su opinión “el pilar principal en el entramado ideológico y el significado profundo de las formulaciones narrativas de *Comentarios reales*” (238).

En este extraordinario libro de RCR, apenas cabría puntualizar que Zafra es considerada por los pacenses como una joya extremeña y se encuentra en la provincia de Badajoz, no en Andalucía (“Zafra, en Andalucía” (48); “esa villa andaluza (Zafra)” (88). A Dios lo que es de Dios, y a RCR, todas las laudes que esta obra merece.

CARMEN BENITO-VESSELS
ANLE y *University of Maryland*